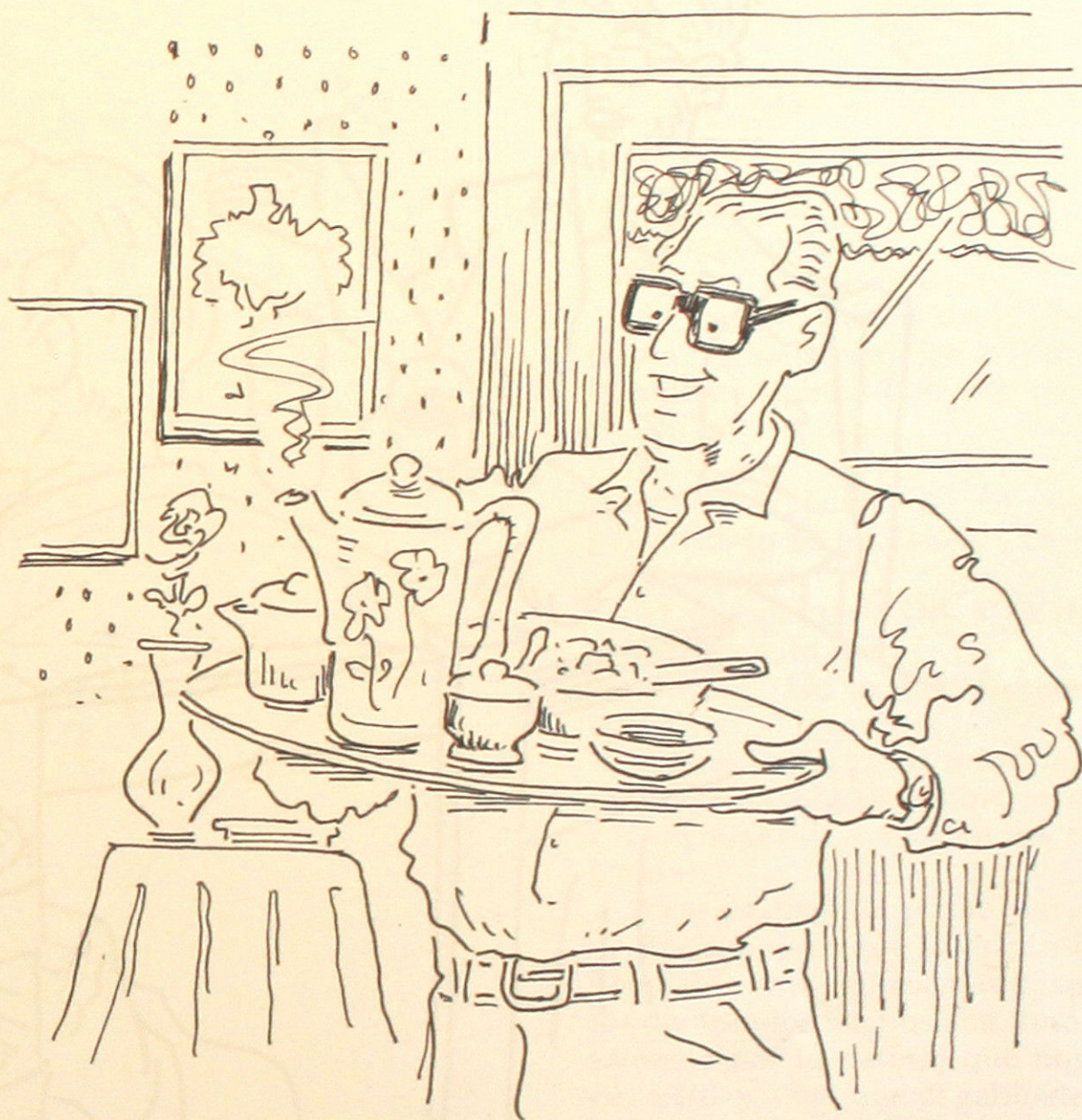


Las dos semanas en Austin, Texas, tuvieron un condimento inesperado: los desayunos en la casa donde mi amigo de la Universidad me había reservado una habitación. Los dueños sienten un evidente orgullo por el lugar, hermosa casona convertida en "bed and breakfast"; cuenta con cinco cuartos por cuyo uso cobran un precio relativamente moderado, considerando que todos tienen baño y una pequeña cocina. Además, un año antes, la casa había sido declarada de interés histórico por los encargados estatales de mantener las señales más visibles de la tradición.

El desayuno era un rito sencillo; a las ocho y media de la mañana los huéspedes bajábamos al comedor donde Nancy, la dueña, hacía de anfitriona a la cabecera de la mesa mientras Roger, su marido, nos surtía sucesivamente de ensalada de fruta, algún plato a base de huevos, un bizcocho y tanto café como cada uno de nosotros quisiera tomar. Los asistentes variaban cada dos o tres días. Dos tipos de personas predominaban: las parejas más bien mayores que incluían Austin como parte de su visita a Texas, y aquellas personas ligadas a las actividades académicas en la Universidad, profesores visitantes (como yo) o estudiantes a punto de doctorarse en algún otro lado, que venían a entrevistarse para postular a un puesto académico.

Con tal audiencia, Nancy se sentía a sus anchas. Manejaba los temas locales con mucha soltura y, aunque pareciera raro, parecía tan o más comfortable con los temas de índole académico. Por supuesto, la rareza provenía de la evidentemente escasa formación universitaria de la dueña de casa. Pero Nancy practicaba en magistral forma un juego de señales indirectas. Por ejemplo, si había un físico en la mesa, mostraba algún manejo del contenido de los temas del área, preguntando al personaje de turno por su es-



En esta edición contamos con la colaboración del académico del Departamento de Ingeniería Civil, Sección Transportes, Sergio Jara con el relato:

DEPENDENCIA CULTURAL

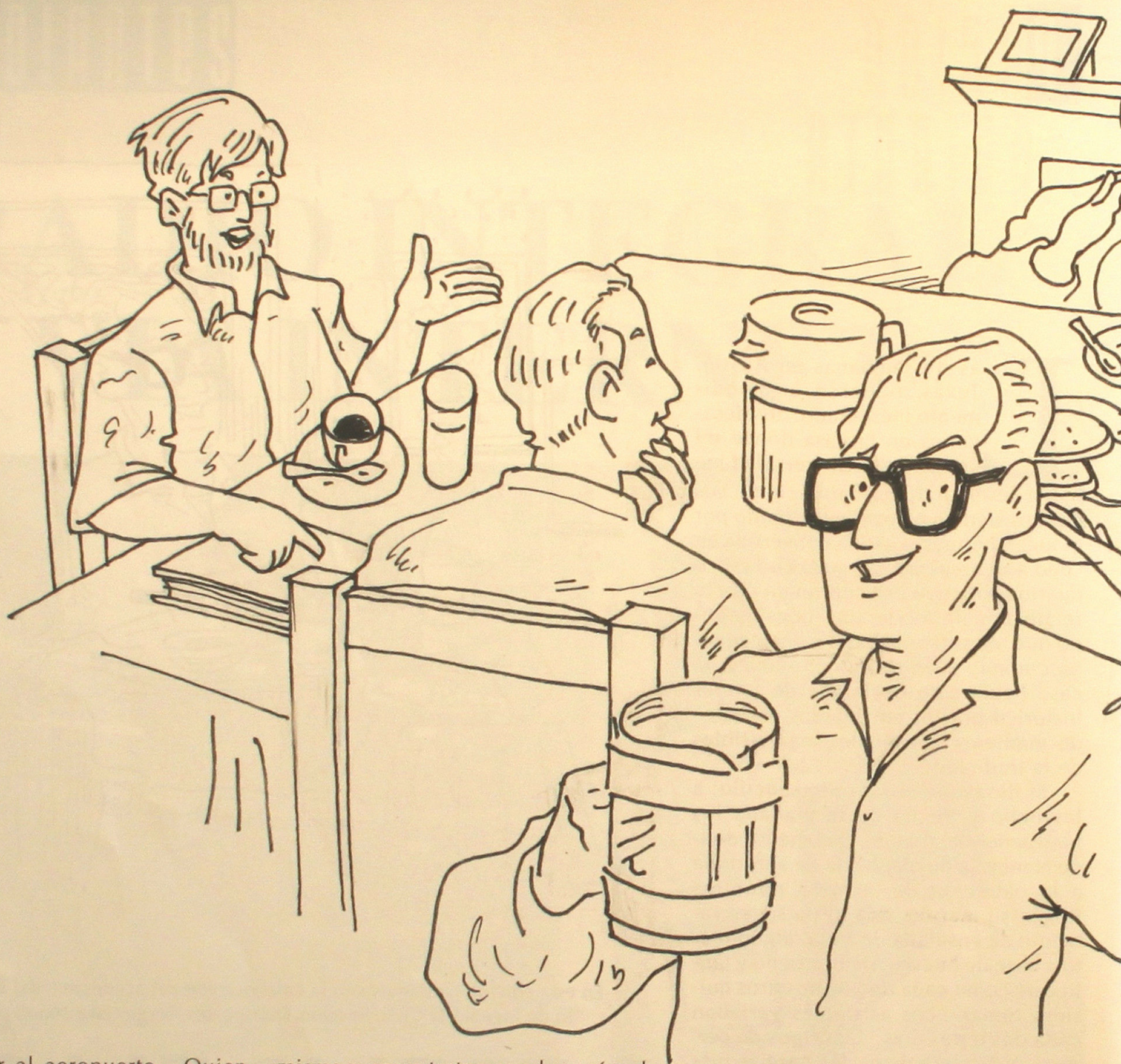
pecialidad y explicando al resto la respuesta. Si el físico respondía con un tema desconocido, reaccionaba diciendo.

Nunca pude entender bien qué es exactamente esto que Ud. menciona. Porque no se trata de...

Y se extendía brevemente en la definición de otros aspectos de la física

que podía describir en forma superficial, pero con soltura. A pesar del acto, terminé convenciéndome de que su curiosidad era genuina y que la maravillaba la enorme cantidad de facetas que presenta el conocimiento humano.

Aquel día éramos cuatro al desayuno; uno de los huéspedes abandonó pronto el comedor, pues lo pasaron a



buscar para ir al aeropuerto. Quien completaba el trío era un joven negro que terminaba su doctorado en Estudios Islámicos y que, habiendo dictado ya su seminario para postular al puesto ofrecido, se veía relajado y conversador. Del tema islámico pasamos pronto al de las "minorías", nombre que se otorga en Norteamérica a cada uno a las fracciones de la mayoría (negros, latinos, mujeres, etc.) para disminuir su carácter de tal. Nancy asimilaba la idea en bruto, sin indagar las razones del hecho ni sus implicancias. El joven se explayaba.

Este concepto se extiende más allá de nuestras fronteras también, hacia nuestros vecinos cercanos y lejanos. Así como la elite dominante maneja categorías que poco tienen que ver con los grupos "minoritarios", pues sólo sirven para mantener su dominio, de la

misma manera tratamos a los países latinoamericanos, de los cuales realmente tenemos vagas nociones acerca de sus características, su composición o su cultura.

Bueno, es poco lo que sabemos; es cierto. Sin embargo nos preocupamos por su futuro. ¿Verdad? Estamos empezando, me parece a mí. Aquí tenemos el tratado de libre comercio con los mexicanos, por ejemplo.

Nancy se escucha honesta en sus planteamientos. Cautelosa, también. El islámico, implacable.

Justamente. El Nafta (es un buen ejemplo para ilustrar mi punto anterior). Proponemos un tratado para afianzar nuestra posición hacia el resto del mundo. El libre comercio significa tener asegurada gran cantidad de alimento y materias primas en retribución a nuestros aportes de capital, que

no es sino trabajo acumulado, y de productos elaborados de alto valor agregado. Eso nos conviene política y económicamente, pero le llamamos libre comercio. Mal uso del término; libre es un acuerdo entre iguales, no este tipo de proceso paulatino de dominación. Mire: primero, México, luego, Chile. Y después, sándwich de Latinoamérica...

Nancy insiste con ingenua energía. Pero eso no suena sensato. Es evidente que un acuerdo desventajoso para un país simplemente no sería aceptado por ese gobierno. ¿No es así, profesor?

Sabía que en algún momento me pasaría el bastón.

Bueno, Nancy. Creo que a nivel individual son muchas las acciones que creemos decidir para nuestro bien y que, objetivamente, nos perjudican.



En este caso, podría tratarse de decisiones gubernamentales que invoquen un sentido colectivo de realidad, por ejemplo. Es decir, algo así como...» ya que somos dependientes, tratemos de sacar el mejor partido ahora»

¿Pero cree Ud. que es eso lo que ocurre?

Prefiero ponerlo de otra manera Nancy. ¿Por qué habría de aceptar tratados de este tipo la gente, los ciudadanos del país pequeño? Una de las razones posibles es la existencia de ventajas inmediatas: autos, equipos estéreo, refrigeradores, hornos microondas, todos ellos productos de alto valor agregado que podrían ser importados más baratos.

¿Pero eso es bueno para la población!

Desde varios puntos de vista, lo es, aunque puede ser desastroso en el lar-

go plazo. Pero no creo que ésta sea la razón fundamental para el apoyo de la gente al Nafta. Yo creo que la cosa va por el lado de la dependencia cultural.

Observo que Nancy empieza a sentirse en terreno desconocido.

¡Ah, sí! La dependencia. Es esto de líderes y seguidores. ¿Verdad? Nosotros somos la potencia productora, claro.

Mi amigo de los Estudios Islámicos decide entrar fuerte.

Creo que es mucho más complejo de lo que uno podría imaginar...

Me doy cuenta de que esto puede derivar en un triálogo de sordos.

Mire, Nancy. No es lo mismo la dependencia económica que la dependencia cultural. El subdesarrollo económico se ve en las calles, en la pobreza. Pero la cosa cultural se ve en

las actitudes...

El negro refuerza.

El cine, la televisión...

Se me ocurre un buen ejemplo, Nancy. ¿Cuántos de los ministros del Presidente Clinton han sido educados en Chile?

¡...!

¿O en Francia? ¿O en cualquier país distinto de los Estados Unidos?

¡Ninguno!

¿Y qué pensaría Ud. si la mayoría del gabinete lo fuera?

No, no. No lo podría creer. ¿Un complot?

Bueno, Nancy. La mayoría de los ministros en mi país recibieron su educación superior... aquí en los Estados Unidos.

Pero es distinto. ¿O no?

Por supuesto que lo es. La dependencia no está representada tanto por los doctorados hechos acá, sino precisamente por lo natural que nos parece, a Ud. y a mi, que el gabinete tenga esa composición. Fíjese que la situación inversa sería inimaginable para usted, o sospechosa en el peor de los casos.

El islámico me mira pensativo y sonriente. Nancy reflexiona.

Profesor, ¿Y esto es provocado por nosotros?

Yo creo, Nancy, que más bien por nosotros. ¿Se fija? Nuestra pobreza relativa hace que en un país como el mío la mayoría de la población lave los vasos desechables. Pero el mecanismo de aceptar como bueno lo hecho afuera es menos objetivo...

Noto que Roger está con nosotros desde hace un rato, y que se ha quedado con el jarro de café en la mano, sentado al borde de una silla. Reacción.

Debo irme, muchachos. Buen desayuno.

Que tenga un buen día.

Tres días después volví a Chile. Al irme al aeropuerto, Nancy salió a despedirme y me dio un abrazo.

Lo extrañaremos, me dijo. Yo también.

(National Free Trade Agreement.